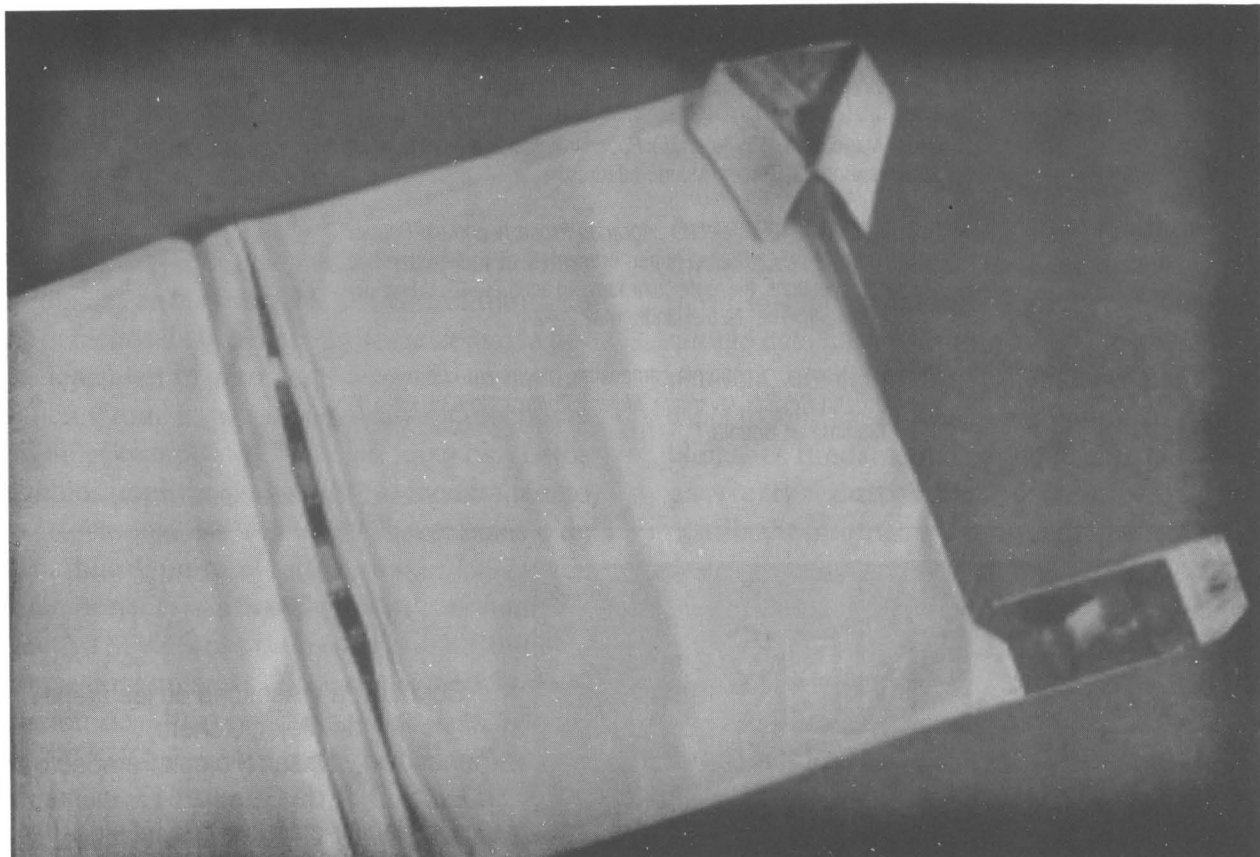


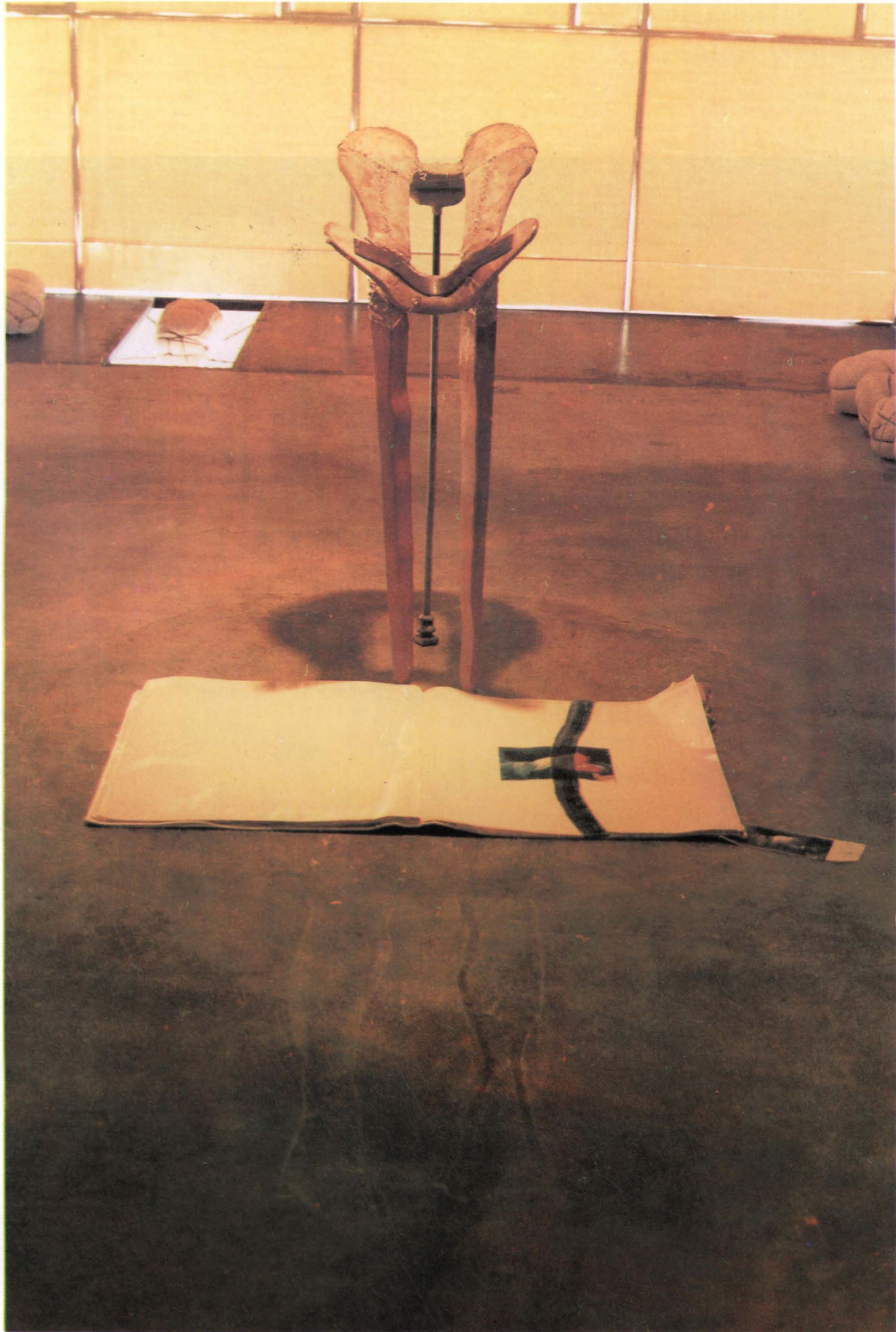
Construir nuevos imaginarios

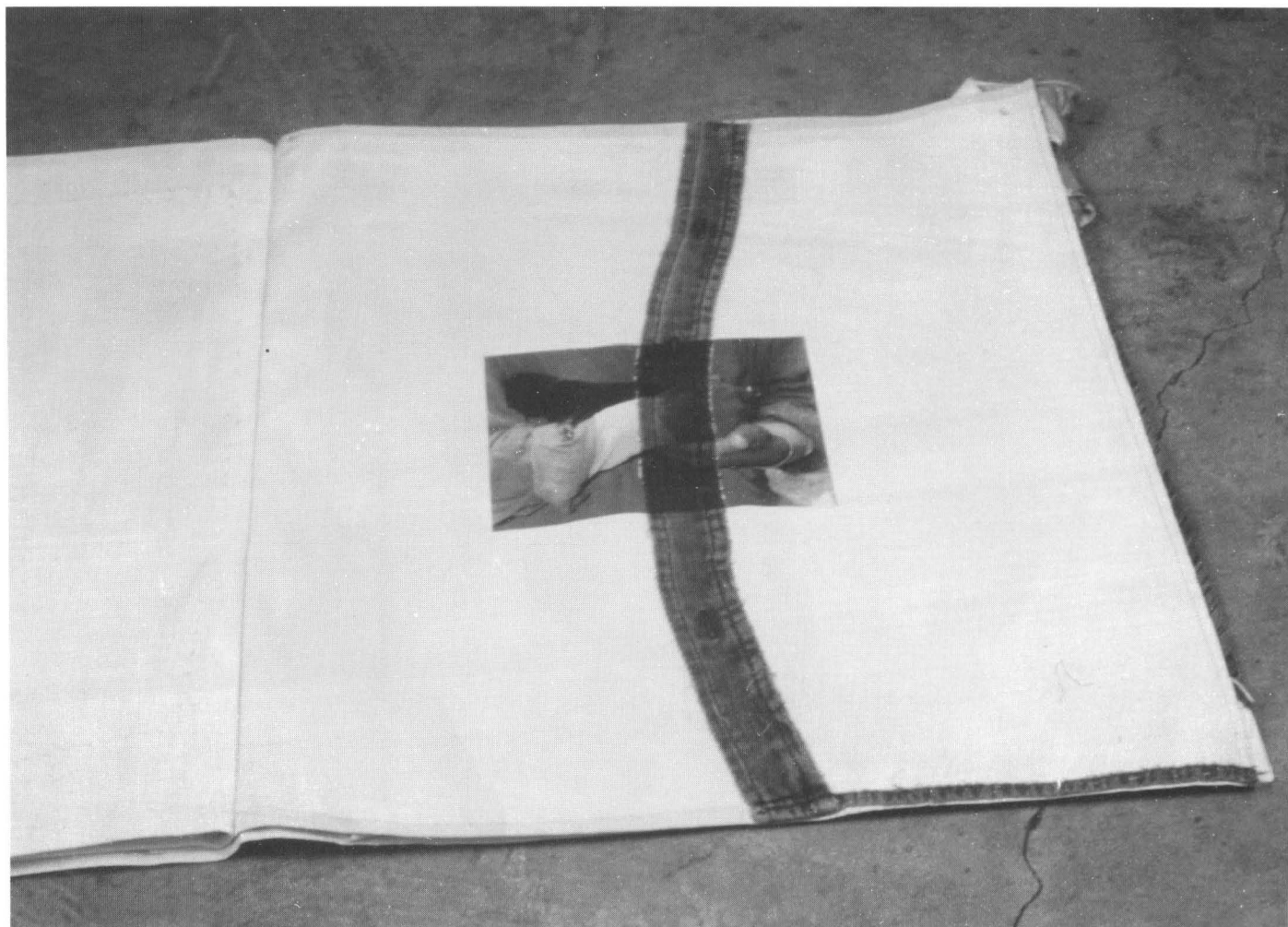
Conversación con Lola G. Luna ¹



Trixi Allina, fragmento de *La mirada expuesta*, Instalación, 1997

En el número 49 de *Vía fora!!* del invierno del 96 os presentamos a Lola G. Luna, una mujer que tiene ahora 50 años y que nació en un pequeño pueblo de Jaén, Valdepeñas. Hace veinte años que llegó a Barcelona, todos dedicada a la docencia y a la investigación sobre América latina en la Universidad de Barcelona, conjugada con el activismo feminista. Sus estudios la llevaron desde Valdepeñas a Madrid, pasando primero por un internado en Jaén. En Madrid se licencia en Historia de América en la Universidad Complutense. Posteriormente está tres años en Colombia de docente y finalmente llega a Barcelona el año de 1976, en una época en la que nacen muchas cosas.





Trixi Allina

La Mirada Expuesta
(Fragmento)

Instalación

1997

Pregunta (P). Desde tu llegada a Barcelona siempre has trabajado en la Universidad, enseñando.

Respuesta (R). Sí, desde el 1976 en la Universidad de Barcelona, enseñando casi siempre lo mismo, historia de América Latina del siglo XX, también he dado cursos sobre historiografía indiana y posteriormente empecé a partir de 1987 el tema de movimientos sociales y movimientos de mujeres en los cursos de doctorado.

P. Nos has comentado que pasaste durante tus estudios primarios por un internado, ¿qué tipo de internado era?

R. Sí, era un internado de teresianas, de monjas seculares. Era una institución muy curiosa que creo que en cierta forma me marcó. Esta institución nació durante la República como alternativa a la Institución Libre de Enseñanza, para educar a las hijas de la clase media y la burguesía, para hacer profesionales. Nunca nos hablaron de casarnos y siempre estaba presente la idea de que iríamos a la Universidad. Esta era la misma idea que tenía mi padre, que era maestro de escuela y que desde pequeña me decía que iría a la Universidad. Lo que me parece interesante de este colegio es que aparece en escena como un tipo de enseñanza distinto al de las monjas. No pretendía educar mujeres para que fueran mejores madres y esposas cultas, sino educar futuras profesionales, y fíjate, que después, durante mi militancia

en el feminismo encontré bastantes compañeras que venían de las teresianas. Es una institución femenina muy fuerte, fue ocupando durante los años del franquismo lugares claves en la educación. Las primeras catedráticas de la Universidad española fueron teresianas. Posteriormente las encontré en Latinoamérica dónde se situaron en barrios pobres y ricos. Son autoritarias. Sufrí mucho en el colegio, lo pasé muy mal, pasé mucho frío. En realidad éramos privilegiadas, pero era un lugar muy rígido y muy clasista, nos clasificaban por la inteligencia, pero también por la clase social. Yo desentonaba mucho, era muy rebelde, me enfrentaba mucho con ellas, con la rigidez. No estuve a gusto, no tengo buenos recuerdos de esta época.

P. ¿Crees que fue un momento importante para el camino que después recorriste?

R. Lo que recuerdo es que me habían marcado un camino y lo seguía. Tampoco lo cuestionaba. No lo busqué, no tuve que luchar por ello. Para mí fue un privilegio en el sentido de que me permitió después un futuro como profesional y alimentar mi independencia.

¹ La revista EN OTRAS PALABRAS agradece a Viva Fora!! por permitirnos reproducir esta entrevista realizada por Eugeni Chafer, Joan-Ramon Gordo y Angels y publicada en el número 49 de Via Fora!!. Agradecemos también a Angels por su traducción del original en catalán, y a Maria Himelda Ramirez por posibilitar estos contactos.



Trixi Allina, fragmento de *La mirada expuesta*, Instalación, 1997

P. Y de allí a la Universidad a Madrid.

R. Primero hice el Preuniversitario con las teresianas pero interna en Madrid. Entonces a mi padre, que había pedido el traslado, le concedieron una plaza en Madrid, y toda la familia se trasladó allí.

P. Tu estancia en la Universidad, como estudiante coincidió con un momento bastante movido.

R. Mi época en la Universidad fue la época fuerte del movimiento estudiantil, la década de los años sesenta. Tenía un profesor Agustín García Calvo, uno de los catedráticos que se involucraron en el movimiento estudiantil, junto con Araguren, también de la misma facultad y Tierno Galván, junto con un cuarto que nunca se recuerda porque era el profesor de política, falangista de izquierda, Montero Díaz. Los cuatro profesores fueron expedientados, estaban al frente de la gran manifestación que se hizo cierto día y fueron detenidos. Era el año 1964.

Viví toda mi carrera inmersa dentro de este movimiento. Viví todo el proceso de evolución tecnológica represiva de la policía, primero las porras, después los jeeps, las lecheras, las man-

gueras de agua y los caballos y finalmente las balas de goma. Participé en el movimiento pero, por decirlo de alguna manera lo hice desde el pelotón que corría delante de la policía.

P. Empiezas estudiando historia.

R. En aquel tiempo se hacía primero dos años comunes de Filosofía y Letras, después tres años de especialidad. Finalmente opté por la especialidad de Historia de América.

P. ¿Por qué Historia de América?

R. Me lo han preguntado muchas veces y nunca se muy bien qué contestar.

P. Quieres decir que no era un objetivo que perseguías sino que más bien te llegó.

R. Sí. Me matriculé en la especialidad de Historia general y éramos trescientos. Me encontré una compañera que había escogido Historia de América y me dijo que eran solo veinte. Creo que este fue el motivo inicial que me hizo cambiar de especialidad. Detrás debía haber un impulso, una intuición, un deseo de acotar el campo de trabajo, de sentirlo próximo, un lugar a donde ir. Podría decir que ahí estaba mi espíritu viajero.

P. ¿Junto al movimiento político, está presente en los estudios de alguna manera la cuestión de la mujer?

R. No. En aquellos momentos la docencia en Historia de América era totalmente conservadora. La especialidad de Historia de América se había creado en la Universidad española a principios del franquismo. La historia que se daba era la historia de España en América. Recuerdo las clases, por regla general muy poco interesantes, con excepción de dos o tres profesores. Agravada esta impresión por la actitud del grupo de alumnos de Historia de América - un grupo de ventitantos, tres hombres y el resto mujeres - que seguía los cursos totalmente al margen de lo que estaba pasando en la Universidad. Por mi parte estaba conectada al movimiento estudiantil a través de amigas y amigos de otras especialidades.

En aquella época recuerdo que entre grupos de amigas nos pasábamos libros de Simone de Beauvoir, que explicaban cosas con las que me identificaba: la denuncia de la subordinación de las mujeres. Yo ya me había revelado en casa por discriminación en relación con mi hermano, al que se le liberaba de las tareas domésticas.

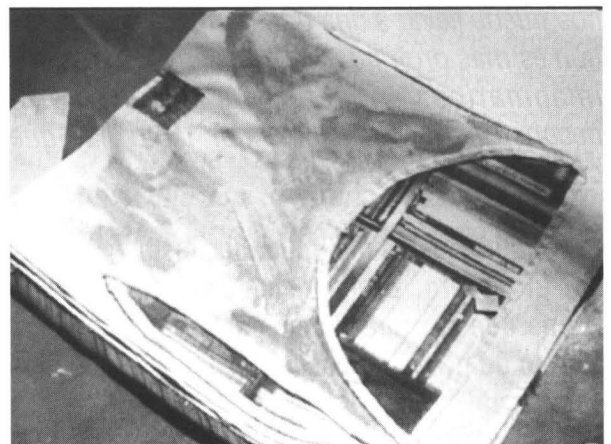
P. ¿Así, cómo y cuando se inicia tu militancia feminista?

R. El año 1976 en Madrid asistí el ocho de marzo a la manifestación que se había convocado clandestinamente y me vinculé al Seminario Colectivo Feminista. En junio de aquel mismo año vine a Barcelona a las I Jornadas Catalanas de la Dona y más tarde cuando llego

a la Universidad en septiembre me integré en el grupo LA MAR. Mas adelante participé en otros grupos - Coordinadora Feminista de Barcelona, Casal de la Dona, Asamblea de Feministas Independientes - y finalmente llegaré WARMI y el SIMS (Seminario Interdisciplinara Mujeres y Sociedad), ya dentro de la Universidad.

P. La sociedad patriarcal nos ha sumergido dentro de una visión androcéntrica de la realidad. ¿Crees que podemos visionar la realidad de otra forma?

R. Yo mas bien lo explicaría en términos de proyecto. Pensar en un proyecto de sociedad que no sea androcéntrico, creo que es facil. Lo difícil es cómo llegar a desarrollar ese proyecto. En ello es precisamente donde estamos, desde diferentes frentes de lucha. Entre otros está el de la educación y el del lenguaje.



Trixi Allina, fragmento de *La mirada expuesta*, Instalación, 1997

P. El lenguaje mismo es una herramienta muy potente del modelo androcéntrico.

R. Es cierto, los imaginarios los vamos construyendo con el discurso. Si analizamos el discurso o lenguaje desde esta perspectiva de sistemas de significados, se puede deconstruir y construir nuevos imaginarios. Creo que algunas ideas y metodologías de la posmodernidad pueden servirnos para ello.

Me he desviado hasta aquí porque la subordinación de las mujeres se ha producido a través de diferentes vías, y una de ellas ha sido el lenguaje, como constructor de significados, de imágenes.

P. Realmente si te paras a analizar un poco el lenguaje que utilizamos te das cuenta que la masculinización es muy grande y muy limitadora.

R. Claro, y cuando consigues darte cuenta no sabes hasta qué punto feminizar el lenguaje nos puede llevar a una transformación, la cuestión es más profunda. Es necesario deconstruir imaginarios, en definitiva es necesario deconstruir mentalidades, por tanto hay que crear nuevos discursos.

P. ¿Cambiar estas mentalidades, esta visión sobre el género, es una cuestión transversal?, ¿tiene que ser una preocupación en cualquier ámbito de trabajo o búsqueda de un nuevo modelo social?



Trixi Allina, proceso de *La mirada expuesta*, Instalación, 1997

R. La ciencia es androcéntrica porque las mujeres no participaron en su construcción; si ahora en la construcción de este nuevo modelo participan hombres y mujeres, ya una parte del camino se habrá recorrido, aunque no significa que automáticamente deje de haber desigualdad. Si hay grupos de pensadores sociales donde participen también mujeres en un plano de igualdad y su pensamiento es aceptado y sus opiniones tienen un peso y su poder puede actuar, creo que lo que construyan tiene que ser diferente. Eso es lo importante, crear un proyecto nuevo desbaratando los lazos de la subordinación de un género por otro.

P. Pero muchas veces para poder acceder a este poder, ¿no han de masculinizarse las mujeres?

R. La discusión está en si las mujeres nos masculinizamos o si en cambio contenemos valores propios de nuestro sexo, con posibilidades de regeneración. No creo que las mujeres seamos portadoras de una esencia buena, ni de una ética y una honradez que nos sean dadas por ser mujeres. Las mujeres y los hombres somos diferentes biológicamente. El problema es el género. Es el que viene a construirse sobre esa diferencia. Establece dominio, sub-

ordinación, crea imaginarios, papeles, etc. -se produce desde múltiples estancias. La masculinización femenina en ámbitos de poder se da, es puro triunfo de la masculinidad. La cuestión es a favor de quiénes están las mujeres que tienen poder. Si las mujeres accedemos al poder podemos utilizarlo como dominación o como creación, pero no por el hecho de ser mujeres, de que seamos portadoras de valores eternos. Este esencialismo femenino lo alimenta el patriarcado, de manera que las mujeres creamos que somos santas, indispensables, pero siempre madres ... Es el maternalismo, no la maternidad.

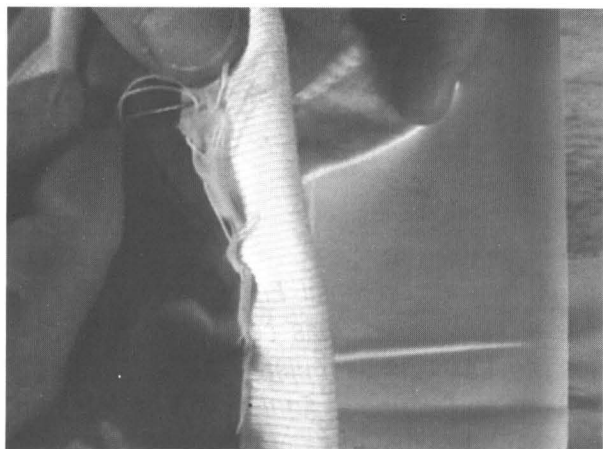
P. ¿Tiene esto también algo que ver con tu trabajo sobre América y las mujeres latinoamericanas?

R. Empecé a interesarme por los movimientos sociales en la historia de América después de haber trabajado sobre las tierras de indios en



Trixi Allina, proceso de *La mirada expuesta*, Instalación, 1997

*la última época colonial. Empiezo a trabajar sobre el sufragismo, mas concretamente sobre los movimientos de mujeres que luchaban por el voto en Colombia. Aquí surgió un tema importante. Era que juntamente y a diferencia de la lucha sufragista, había una reacción conservadora en la sociedad colombiana que tenía un discurso de la modernidad, de la «mujer moderna», que remitía a la mujer tradicional, la mujer madre por excelencia, reclusa en el hogar, pero ahora educada, incluso en escuelas domésticas. Es decir, con un objetivo de profesionalizarla como ama de casa. Cuando empiezo a investigar sobre este discurso, encuentro que la influencia viene de la Europa nazi y fascista. En Medellín, las Escuelas del Hogar, que en los cuarenta las señoras de la burguesía crean para educar a las mujeres del trabajo doméstico, se habían inspirado en los modelos que la directora de la revista *Letras y Encajes* había conocido en Italia y Alemania. Por entonces escribí un artículo: «Feminismo y feminidad en Colombia, 1930-43», que se refiere al periodo en que se dió paralelamente al discurso de las sufragistas sobre las mujeres como sujetos de derechos ciudadanos, la reacción conservadora con este otro discurso de la «mujer moderna», que en realidad lo que estaba planteando era una modernización del rol tradicional de las mujeres para hacerlo mas funcional a la sociedad. Era una época de la historia de Colombia en que se daban tendencia populistas, por lo que comienzo a observar la concepción que sobre las mujeres tienen estos discursos y es revelador, porque son totalmen-*



Trixi Allina, proceso de *La mirada expuesta*, Instalación, 1997

te maternalistas. En ellos las mujeres aparecen sesgadas en su identidad; todo su protagonismo está sustentado en su capacidad de ser madres sin que se les reconozca una libertad para serlo o no. El discurso del Estado populista sobre las mujeres girará en torno a las función maternal. Empiezo entonces a darme cuenta el por qué en la década de los ochenta algunas asociaciones y grupos de mujeres de los sectores populares urbanos, tienen el nombre de «Clubes de Madres». Esto tiene que ver con dos cuestiones relacionadas perfectamente: la herencia maternalista de las primeras organizaciones de mujeres populares urbanas - los «Clubes de Madres» impulsados desde el Estado - y el que las mujeres sean las responsables de la alimentación. De ahí surgen estas organizaciones con el objetivo de hacer la comida y los desayunos a las criaturas de forma colectiva. Es muy significativo que estas organizaciones incluyan esta denominación de madres, de mujeres madres.

P. En la década de los ochenta, todos estos grupos surgen como respuesta a la crisis económica generalizada en el continente, la crisis de la deuda.

R. Sí, es cierto. Incluso muchas de ellas tenían

las raíces en los años cincuenta, en esos modelos populistas que organizaban a las las mujeres populares urbanas desde arriba para que se ocuparan de la distribución de los alimentos. Aunque muchas veces son grupos de mujeres que resurgen, ahora ya no se dejan dirigir como en anteriores etapas, asumiendo su protagonismo y liderazgo, politizándose y volviéndose feministas. Empiezan a incluir y revisar cuestiones que tienen mucho que ver con su condición de mujeres, denuncias de malos tratos, por ejemplo. Es decir, que hay un proceso de concienciación bastante interesante al interior de estas organizaciones. Ahora bien, por otro lado hay otros movimientos de madres como las Madres de Plaza de Mayo. A pesar de que respondan a una motivación diferente, de hecho también aquí las mujeres están en la acción social y política por su condición de madres. En todos estos movimientos se pueden ver más claramente los aspectos políticos del género. De hecho esta dimensión maternal es lo que en principio utilizan y politizan para acercarse al Estado diciéndole: ¿dónde están nuestros hijos desaparecidos?, ¡devolvémoslos!. La pregunta es ¿en América Latina las mujeres son más madres que en el resto del mundo?.

P. Y bien, ¿cuál es la respuesta?, ¿qué diferencia hay con los movimientos feministas europeos?

R. Creo que tiene mucho que ver con la responsabilidad de las mujeres latinoamericanas en el aspecto familiar. Tendría que investigarse

en la estructura familiar, en el impacto por ejemplo que se recibe en la conquista, cómo va evolucionado la familia en la época colonial hasta llegar al siglo actual y averiguar por qué en muchas familias el eje, lo que las mantiene, está totalmente centrado en mujeres, por qué una buena parte de los cabezas de familia en los países latinoamericanos son mujeres. El eje de la familia es la abuela, la hija, las nietas. Sobre todo en sectores populares. Los hombres, circulan, tienen varias casas, varias familias. Esta responsabilidad que tienen las mujeres a nivel familiar se puede trasladar al terreno político: son «supermadres», como dijo Elsa Chaney hace años. Su tesis es que trasladan a la política, su deber familiar, siguen sintiéndose madres. Pero finalmente es una cuestión de género, de cómo se manifiesta el género en contextos concretos, aunque el maternalismo no es específico de América Latina.

Las diferencias entre los movimientos feminis-



Trixi Allina, proceso de *La mirada expuesta*, Instalación, 1997

tas latinoamericanos y europeos existen: en los tiempos en que se procesan, en su composición social y racial, en sus prioridades.

Los objetivos son los mismos: cambiar el patriarcado y los significados del género. Acabar con la subordinación, la violencia.

P. Y respecto a la situación de la mujer indígena ¿presenta diferencias o características especiales?

R. Lamentablemente el género no tiene raza, aunque la posición mayoritaria de las mujeres indígenas hasta hoy es antes indigenista que feminista, según he escuchado en determinados espacios. Mi trabajo sobre los movimientos de mujeres se ha centrado en mujeres urbanas donde conviven mestizas, indígenas, mulatas y blancas. El perfil manifestado en estos casos no es tanto el étnico como el de clase, el de la pobreza y la marginalidad. Hice una entrevista a un grupo de mujeres quechuas del altiplano de Bolivia y en ella destacaban las diferencias que tenían en el acceso a los recursos de la cooperación para el desarrollo. Era un proyecto agrícola de producción de alcachofas y manzanas promovido por Intermon¹ y Cipca². El programa era con componente de género, es decir que incluía a las mujeres, pero

² Organización no gubernamental española

³ Organización no gubernamental boliviana



Trixi Allina, proceso de *La mirada expuesta*, Instalación, 1997

género, es decir que incluía a las mujeres, pero los cultivos de manzanas y alcachofas para vender en los mercados habían quedado en manos de los hombres y a las mujeres se les había instalado un invernadero y una huerta para cultivar productos de subsistencia, perpetuando la división sexual del trabajo.

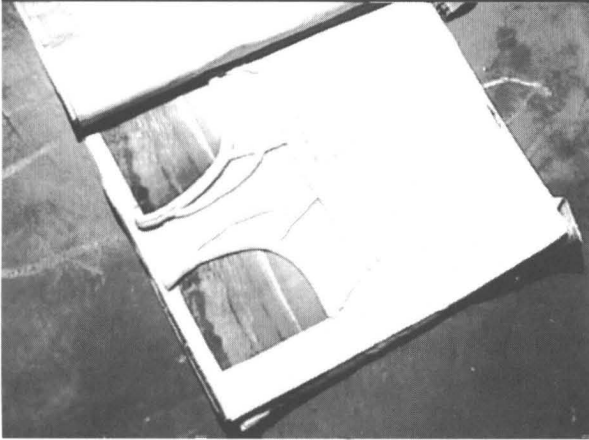
P. Desde hace unos años, anualmente organizas un Seminario en Barcelona sobre la problemática de las mujeres en Latinoamérica

R. Primero, a raíz de un trabajo que hice en los últimos diez años sobre fuentes videográficas, en el que fui entrevistando organizaciones de mujeres de diez países, sentí el compromiso de concretar todo aquella experiencia que se me había transmitido, sus problemas, sus demandas. Lo quería concretar en algo operativo. Por eso impulsé una ONG de mujeres, WARMI (quiere decir mujeres en quechúa), para la cooperación e investigación para las mujeres latinoamericanas. Finalmente después de cuatro años no consiguió crecer, eran los comienzos de la cooperación no gubernamental en España y había una lucha feroz, Warmi era la única ONG de mujeres, a mí me dijeron que me quedara en la Universidad. Pero conseguimos hacer una revista, Hojas de Warmi, y edi-

tar seis números. Paralelamente empecé en la Universidad a coordinar un Programa de Doctorado sobre la temática de mujeres. Por este motivo nació el Seminario Interdisciplinario Mujeres y Sociedad (SIMS), empezando a editar algunos de estos cursos.

Se trata de compilaciones muy útiles para los estudiantes, principalmente porque abarcan muchos temas y un amplio abanico de disciplinas. Una parte importante de la actividad del Seminario se ha dedicado a América Latina. Hemos hecho investigaciones sobre los movimientos de mujeres y participación política en Argentina y Colombia, con investigadoras latinoamericanas. Se ha publicado la de Colombia y también hay dos libros más sobre América Latina. En las Cruillas (Seminario anual) la presencia latinoamericana es continuada. Además desde el SIMS hemos recuperado las Hojas de Warmi en donde las publicaciones latinoamericanas son mayoritarias.

Trabajo con mucha ilusión porque veo receptividad. Me estimula mucho ver esta curiosidad por parte de los y las estudiantes, verlos atentos a estos nuevos temas. Este hecho nos anima a continuar frente a las resistencias que muchas veces llegan de parte de la misma



Trixi Allina, fragmento de *La mirada expuesta*, Instalación, 1997

institución. Creo que la Universidad, según a qué nivel te encuentras puedes ir tirando, pero cuando llegas a determinados niveles te encuentras con una gran resistencia. Son límites no definidos. Son techos de cristal, que a simple vista no se ven, pero que no te dejan pasar de un nivel. Académicamente se te puede llegar a descalificar por investigar sobre mujeres o por ser feminista, algo inadmisible, ya que tus ideas han de quedar al margen en la valoración de tu trabajo científico. En mis intentos, sin éxito, de acceso a la cátedra, mi curriculum fue considerado como «atrofiado», se me interrogó sobre mi militancia feminista y se me dijo que «me había dedicado tanto a las mujeres, que me había olvidado de los hombres y los niños». Piensa que el área de Historia de América hay unos 20 catedráticos, solo 2 mujeres y se mantiene una visión de la historia, desfasada, acrílica, muy cerrada a las nuevas aportaciones.

P. ¿Crees que la Universidad como foco de poder, no ha dejado de estar en manos del modelo androcéntrico?

R. Claro! pero fíjate bien que te he hablado de las dos vertientes. Hay la vertiente patriarcal, que es la de la institución en sí con sus techos

de cristal, donde las mujeres nos quedamos paradas. Por ejemplo en mi facultad, Geografía e Historia, nunca hubo una decana. Este año ha entrado una vicedecana. Tampoco ha habido una mujer rectora. Pero también está la otra vertiente, que es la que me parece más viva y donde encuentro posibilidades de cambio. Estoy dirigiendo tesis sobre temas de mujeres tanto a hombres como mujeres. Es decir, la ciencia sigue siendo androcéntrica pero la estamos socabando. Los seminarios de estudios sobre mujeres han ido en aumento y no dudo de que son lugares de resistencia y al mismo tiempo de creación de conocimiento.



Red
de Solidaridad

Social

Presidencia de la República